

Girondo y sus calcomanías sevillanas

El poeta y escritor argentino Oliverio Girondo (Buenos Aires, 1891-1967), escribió y dibujó unas estampas sevillanas, como aquel murciélago sevillano que «pelaba la pava» en una de las instantáneas que dibujó para **Veinte poemas para ser leídos en el tranvía**

POR FERNANDO IWASAKI

La flamante reedición de las principales obras del argentino Oliverio Girondo –*Calcomanías* (Poesía reunida 1923-1932), edición y prólogo de Trinidad Barrera, Renacimiento (Sevilla, 2007)– ha vuelto a poner a disposición de los lectores los poemas, viñetas y apuntes que Girondo dedicó a Sevilla en *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* (Coulouma, París, 1921) y *Calcomanías* (Calpe, Madrid, 1925), donde podemos hallar acuarelas melancólicas, postales costumbristas, imágenes irreverentes e instantáneas provocadoras como la que lanza en estos versos dedicados al poema «Calle de las Sierpes»:

*Cada doscientos cuarenta y siete hombres,
Trescientos doce curas
Y doscientos noventa y tres soldados,
Pasa una mujer*

Oliverio Girondo fue una de las figuras literarias esenciales de los años 20 y 30, pues paseó su vida y su «kódak» por los principales escenarios de la vanguardia europea (París, Madrid, Sevilla, Venecia, etc.), inhalando y exhalando todos los «ismos» de su tiempo. Como muy bien observa Trinidad Barrera, las greguerías de Ramón Gómez de la Serna crepitan en la imaginación de Girondo, quien las perfumaba de un aire inequívocamente porteño. Para muestra, una flor: «A pesar de tener formas tan perfectas, mis ideas no tienen ningún inconveniente de acostarse con ustedes...».

La ridiculización del clero y de sus símbolos era un genuino desafío durante los años de la vanguardia y no formaba parte de ninguna estrategia política, porque la Iglesia era un poder

Según Abelardo Linares, los poemas sevillanos de Oliverio Girondo son antisentimentales y querían deformar las estampas costumbristas a través de una perspectiva que el libro-poeta define como «cubismo literario», en la línea de Paul Morand, Apollinaire y otros creadores de su tiempo. De ahí la imagen del poema «Croquis Sevillano», donde hay versos tan plásticos y transgresores que parecen palimpsestos de Bataille, Buñuel y Dalí:

*El sol pone una ojera violácea en el alero de las casas,
apergamina la epidermis de las camisas ahorcadas en medio de la calle.*

¡Ventanas con aliento y labios de mujer!

Pasan perros con caderas de bailarín. Chulos con los pantalones lustrados al betún. Jamelgos que el domingo se arrancarán las tripas en la plaza de toros.

¡Los patios fabrican azahares y noviazgos!

Hay una capa prendida a una reja con crispaciones de murciélago. Un cura de Zurbarán, que vende a un anticuario una casulla robada en la sacristía. Unos ojos excesivos, que sacan llagas al mirar.

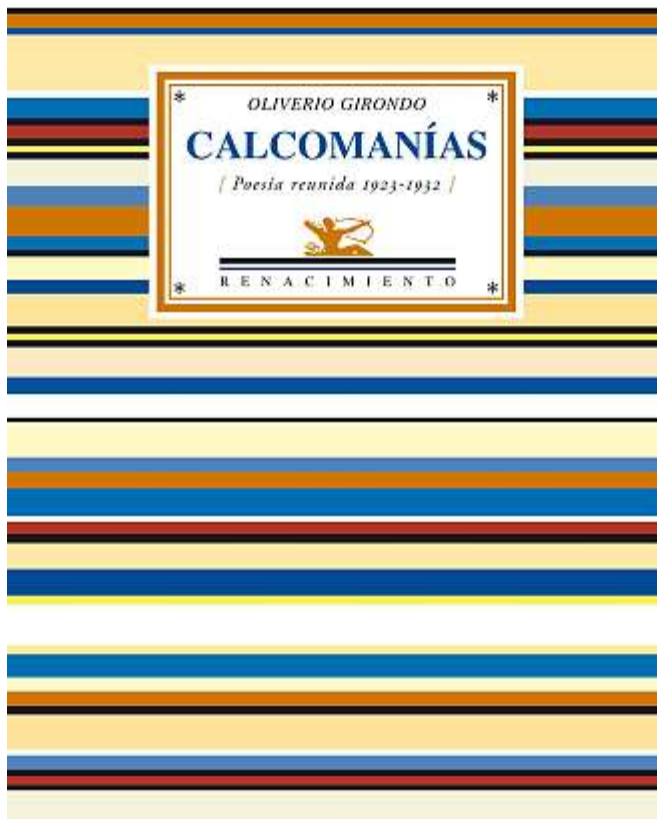
Las mujeres tienen los poros abiertos como ventositas y una temperatura siete décimas más elevada que la normal.

La ridiculización del clero y de sus símbolos era un genuino desafío durante los años de la vanguardia y no formaba parte de ninguna estrategia política, porque entonces la Iglesia era realmente un poder y la obra de arte una verdadera provocación estética. Así, en el poema «Sevillano», la instantánea del cura masticando un chicle en 1920 se adelantó al episodio de *Historia del ojo* que transcurre en el Hospital de la Caridad:

Y mientras, frente al altar ma-



Murciélago sevillano pelando la pava por Oliverio Girondo, 1921



Cubierta de *Calcomanías*, 2007

yor, a las mujeres se les licúa el sexo contemplando un crucifijo que sangra por sus sesenta y seis costillas, el cura mastica una plegaria como un pedazo de «chewing gum».

De ahí que Girondo dedicara el más extenso de sus poemas a la Semana Santa sevillana, en el que apreciamos cómo es que deseaba contemplar la fiesta como si tuviera una cámara («Los caballos –la boca enjabonada cual si se fueran a afeitar– tienen las ancas tan lustrosas, que las mujeres aprovechan para arreglarse la mantilla y averiguar, sin darse vuelta, quién unta una mirada en sus caderas») para luego narrarnos la *madrugá* como si se tratara de una película («La cofradía del «Silencio», sobre todo, proyecta en las paredes blancas un «film» dislocado y absurdo, donde las sombras trepan a los tejados, violan los cuartos de las hembras, se sepultan en los patios dormidos»). Acostumbrado al cosmopolitismo de Buenos Aires, a Girondo le impresionaba que sólo durante la Semana Santa salieran de noche las enceladas sevillanas: «Frente a todos los espejos de la ciudad, las mujeres ensayan su mirada «Smith Wesson»; pues, como las vírgenes, sólo salen de casa esta semana, y si no cazan nada, seguirán siéndolo...».

A los vanguardistas les fascinaban el cinematógrafo, las cámaras «Kódak», los automóviles, las máquinas de escribir y los revólveres con nombre de boticario británico, pero el barroquismo de la Semana Santa no podía ser contado con las metáforas de aquella modernidad y por eso Girondo terminó recurriendo a los lugares comunes de *La España Negra* de Solana: «¡Cristos ensangrentados como caballos de picador! ¡Cirios que nunca terminan de llorar! ¡Concejales que han alquilado un frac que entenece a las Magdalenas! ¡Cristos estirados en una lona de bombero que acaban de arrojar de un balcón! ¡La Verónica y el Gobernador... con su escolta de arcángeles! ¡Y las centurias romanas... de Marruecos, y las Sibilas, y los Santos Varones! ¡Todos los instrumentos de la Pasión! ... Y el instrumento máximo, ¡la Muerte!, entronizada sobre el mundo... que es un punto final».

Según Ricardo Piglia, Jorge Luis Borges no hubiera encontrado jamás su poética sin la lectura de Oliverio Girondo. ¿No es casual que ambos escritores argentinos escribieran sus primeros poemas a la luz de Sevilla?